

MONSTRORUM ARTIFEX

**[Doce relatos desde y hacia el
espanto nacional]**



**Alexis K., Luis Alexander, Ana María
Rivas, Ilich Rauda, Georgina Vanegas,
Walter Meléndez, Luis Contreras,
Dany G. Díaz Mejía, Josué Andrés
Moz, Hugo G. Sánchez, Paty
Trigueros, Ricardo Hernández Pereira**

San Salvador, 2021

*Otros panfletos antológicos publicados
por TRICHINOBEZOAR PRODS.*

HISTORIA NATURAE

***[Tres relatos desde y hacia la
profundidad nacional]***

INCIPIT COMPENDIUM VOL. I

[Muestrario nacional de inicios]

[ELLA



Georgina Vanegas]

No la veía desde hacía algún tiempo y la encontré esa noche, sentada en un sofá. Leía. Esperaba. Me paré justo frente a ella y alzó el rostro, que era prácticamente el mismo que yo había mirado 20 años atrás, cuando la conocí. Me alegré tanto de verla que la abracé quizá más fuerte de lo debido.

Cruzamos un par de palabras. La familia. El trabajo. *¿Seguís siempre trabajando ahí?* Los amigos, ¿los novios? No, yo no hablaba de novios con ella. Solo lo hice una vez hace años, cuando me había visto algo afectada por un crío que no podía ni atarse bien las cintas de los zapatos y fumaba una cajetilla de cigarrillos al día. Entonces, ella me había escuchado, al otro lado del escritorio, dentro de su oficina.

¡Ah! Entonces, todo esto es por un chico, me había dicho, aliviada de que aquel alboroto no fuera por un embarazo prematuro, por una condenatoria enfermedad inmunológica, o por insalvables trabas económicas que impidieran mi continuidad dentro de la universidad.

Le dije que no, que todo aquello no era solo por un chico, que él era solo un ingrediente más de la pasta confusa que yo estaba tragándome a disgusto, en mi casa, a los veintitantos, como muchos otros estudiantes con los que ella lidiaba a diario. Pero tampoco le dije mucho más, quizá por un tonto decoro.

Ella me miró por un corto tiempo, se recostó sobre el respaldo de su silla, y juntó las yemas de los dedos de ambas manos: *Vos andás con algo ahí adentro. Y tenés que resolverlo para poder continuar*, dijo al final. Y eso bastó para mí. Eso, y estar sentada en una silla dentro de su oficina.

Me gustaba ese lugar, ese espacio donde todo estaba ordenado, pero en una forma que parecía ser un accidente. Umberto Eco, Lévi-Strauss y Saussure me observaban desde la librera, muy juntos, pero guardando las distancias entre sí. Más libros se apilaban sobre el escritorio, junto a un par de anteojos oscuros y una estilizada lámpara de lectura. En la pared había una pizarra de corcho donde anuncios, postales y papelitos con recordatorios estaban colocados con un alfiler.

Y como aquella vez, en su oficina, ahora ella estaba de nuevo frente a mí, sentada en un sofá, y ya se despedía, y se levantaba para subir a una tarima y tomar su lugar en otra cómoda silla, en una especie de escenario improvisado, ante el público de un conversatorio, en un espacio semipúblico de la ciudad.

Al verla ahí sentada, me fijé en sus sandalias. Me gustaron. Eran rojas. Combinaban con la correa del reloj, que siempre usaba con el cristal escondido por el revés de la muñeca, sintiéndole el pulso. Sus pies eran bonitos.

Al escucharla hablar, recordé que ella hablaba fluida y perfectamente también a través de sus manos. *De verdad que podría ser muda y daría igual, porque tiene todo un alfabeto entre ellas*, pensaba mientras guiaba esa suerte de conversatorio. Lo moderaba. Eran otros los que hablaban, y yo me preguntaba si la gente sabía quién era ella.

Me acordé de que cuando hablaba, sus labios emitían sonidos articulados y conexos; pero sus manos, sujetos independientes, dictaban ponencias completas.

Y pensé que si sus manos podían dictar ponencias, también debían de ser capaces de proferir los más audaces ultrajes. ¿Cómo sería ser insultado por ellas? Ese vilipendio, seguro, sabría a gloria. De ser yo la agraviada, no pondría atención a lo que dijeran sus labios. Solo vería cómo esas doctas manos me dirían que dejé de ser su ícono favorito, que ya no simbolizo nada, que me vaya y me busque otro significado, porque dejé de ser su significante; que si quiero, me lo explican con un signo.

Si yo fuera la insultada, no olvidaría cómo esas manos me reñirían en la lengua de Barthes, cómo me abandonarían en mitad de mi viaje del héroe, y cómo se alzaría una de ellas, empuñada, como signo de una anhelada libertad, tal como se hacía en los círculos de izquierda de los años 30, cuando ese ademán era signo de compañerismo y solidaridad proletarios.

Lo único que me restaría por hacer, entonces, sería juntar las palmas, como lo hacen los católicos en la oración, o los yoguis al finalizar su serie de asanas, en señal de reverencia.

Sin duda, ese escenario sería mucho más entretenido que mis previas rupturas con hombres de escasa motricidad fina, y cuyo acervo lingüístico jamás iba más allá del emoticón de un guiño de ojo, en la pantalla del móvil, tras hacerme la invitación para “ver Netflix” un viernes en la noche, como máxima expresión de ritual de cortejo.

Pensé, ahí sentada, viendo el conversatorio suceder ante mí, que quién sabe cuándo la volvería a ver, y que se veía absolutamente hermosa sentada en ese sillón, con la luz cálida sobre su rostro, aunque seguramente le molestaban un poco el calor y los reflectores. Pero se miraba tranquila. Hablaba, reía y bromeaba en el modo sutil y elegante de siempre.

Clic.Clic.Clic. Un par de fotografías. Se las enviaría después.

Llegué a casa ya muy entrada la noche. Él estaba en la habitación, viendo la televisión. A veces lo encontraba leyendo un libro, pero hoy veía la televisión. Llegó entonces el *Hola*, el beso, qué tal.

Fui a la cocina, me hice un té caliente. Él hablaba de una entrevista, de su jefe, de la clase de ese día. Y mientras hablaba y gesticulaba, en el apartamento de al lado era 1969, y la versión de estudio de *My Cherie Amour* sonaba en un altavoz.

Y yo pensaba en cómo sería ella en un día de campo, usando uno de esos sombreros de estilo peruano, y llevando una cesta grande para el picnic; y en sus sandalias rojas sobre un pasto muy verde. Y en sus pies. Sus manos.

—Entonces, nena —dijo él, entrando en la cocina, y sosteniendo un libro—. ¿Lo hacemos antes de dormir?

Me abrazó por detrás con la mano desocupada y empezó a besarme en el cuello.

Silencio por unos segundos.

—Marcos, ¿sí sabés que es por estas cosas que voy a dejarte y a fugarme con ella, verdad?

Silencio.

Escuché su risa contenida, mientras me apretaba y me besaba el cuello aún más: *Dale, nena, está bien. Dejame por ella. Pero ¿lo hacemos antes de que te vayás?*

Me reí. Con tristeza. Y me libré despacio del abrazo. Me llevé la taza de té de manzanilla conmigo y salí de la cocina.

Tomé el móvil que había dejado sobre la mesa y me fui al balcón. San Salvador entera brillaba a lo lejos.

Le envié las fotografías a ella.

Pasaron unos minutos.

El teléfono vibró. Era ella, que había visto las fotografías. *Me siento observada jajaja*, leí en la ventana del chat.

En ese instante yo le habría escrito sobre sus rojas sandalias, sus manos, el día de campo, 1969 y Stevie Wonder. Pero en la pantalla del teléfono celular ella solo vio el ya tan conocido emoticón de una carita feliz.

DEKÁLOGO TRCHNBZR

1. *La literatura es inservible, pero también es imprescindible. Un cóctel molotov lanzado a un grupo de policías armados siempre es más efectivo, y hace más bien, que escribir un libro. La solución, desde luego, es alternar una actividad con la otra y no mezclarlas. Se sugiere aprender de memoria el prefacio de Wilde a El retrato de Dorian Gray mientras se elaboran los cocteles.*

2. *Toda literatura es un palimpsesto. No hay nada nuevo bajo el sol, dice el Eclesiastés. La única escritura posible se realiza desde los hombros de gigantes o desde los enanos que estuvieron subidos también a esos hombros. Desde los de Homero, por ejemplo, Joyce vio sus veinticuatro horas en Dublín y desde los de Faulkner se hicieron todos los libros tempranos del Boom.*

3. *El ego es una ilusión occidental. El último autor de toda obra literaria es el Tiempo. ¿Se imaginaron los sacerdotes maya-quiché que su libro sagrado sería leído exclusivamente por estudiantes de secundaria? ¿Quién escribió el Quijote: Cervantes o Pierre Menard? ¿A quién le importan realmente estas cosas, aparte de a los historiadores, antropólogos y filólogos que sobre algo deben escribir sus tesis y artículos?*

4. *Los derechos de autor son una ilusión capitalista. Toda obra literaria debe estar totalmente disponible, todo el tiempo, para todas las personas, a través de medios tanto físicos como virtuales, gratis o a precios mínimos. Las ediciones de lujo son posibles, para satisfacer a los fetichistas y a los usuarios de redes sociales que deseen tomarles fotos al lado de una taza de café. Ver el tercer numeral del decálogo.*

5. *Los géneros y los subgéneros literarios no son más que facilidades didácticas y comerciales para docentes y editoriales, respectivamente. Toda obra literaria genuina es inclasificable o trasciende el género o subgénero que la enmarca o, mejor aún, crea el propio.*

6. *Una obra literaria nunca se termina, sólo se abandona: por cansancio, falta de lectores, desidia, falta de tiempo, tedio, falta de recursos económicos o, infrecuentemente, satisfacción o falta de correcciones y adiciones o sustracciones.*

7. *La longitud perfecta para un texto literario es la ubicada entre lo que el Shirley Jackson Award denomina novellete o mid-length fiction (de 7500 a 17499 palabras) y lo que denomina novella o long fiction (17500 y 39999). Pensar en Tlön Uqbar, Orbis Tertius, en El informe sobre ciegos, en Prisión perpetua, en El Perseguidor, en El perjurio de la nieve, y ni siquiera*

hemos salido de la Argentina patriarcal de mediados del siglo XX.

8. *El compromiso social es una ilusión comunista. Las ideas políticas valen menos que la forma y el estilo. Comparar Rayuela con el Libro de Manuel, o Taberna y otros lugares con los Poemas Clandestinos. La buena literatura es transgresiva en sí misma y le hace más daño al Sistema que un libro mal escrito, independientemente de sus buenas intenciones. Déjenle las moralejas a Esopo y a los escritores menores. Ver primer numeral del decálogo.*

9. *En literatura, la popularidad y la calidad son términos mutuamente excluyentes, excepto en ciertos casos (verbigracia: Cien años de soledad o El nombre de la rosa, digamos). Por lo general se debe aspirar a la oscuridad, al olvido. Si las futuras generaciones no dejan caer tus textos el mérito será de ellas, no tuyo. Ver el tercer numeral del decálogo.*

10. *La mejor literatura del siglo XX fue escrita por J. L. Borges, Úrsula K. Leguin, Franz Kafka y Anne Carson. Para el siglo XXI aún hay plazas disponibles.*

**TRICHINOBEZOAR
PRODUCTIONS 005**



[zenondeelea78@gmail.com]

SAN SALVADOR, EL SALVADOR

NOVIEMBRE 2021